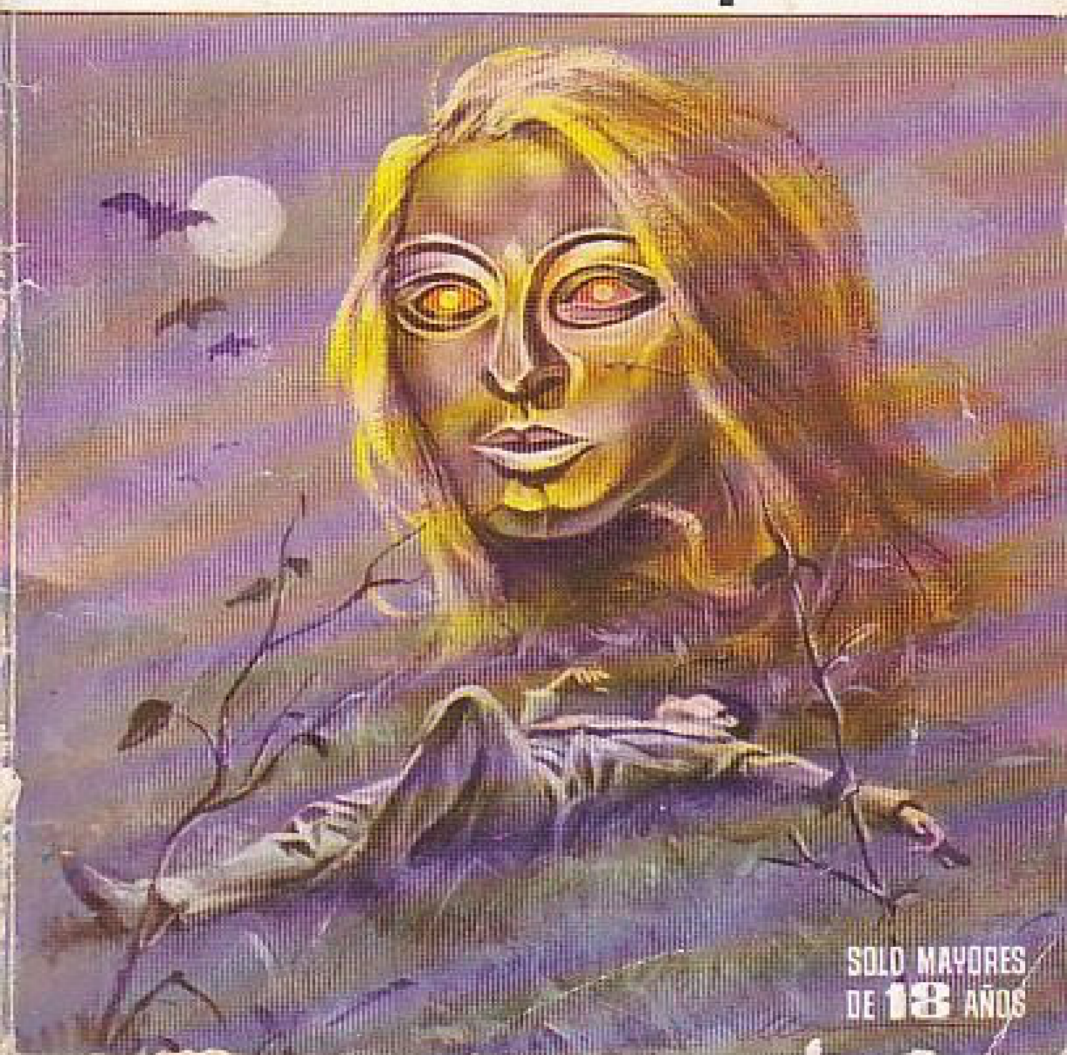
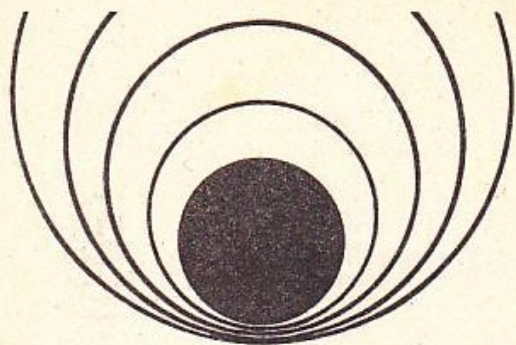


EL PELIGRO TIENE CABELLOS RUBIOS

Joseph Berna



SOLD MAYORES
DE 18 AÑOS



PUNTO ROJO



JOSEPHBERNA
ELPELIGROTIENECABELLOS RUBIOS

Colección PUNTOROJO n.
°976 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA-BOGOTÁ-

BUENOS AIRES-CARACAS-

MEXICO ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.569—El muerto de ayuna en la cama.

En Colección KANSAS:

843—La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841—Unos adocaliforniano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

524—Los de Texas somos así.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

441—La pelirroja de Cheyenne.

En Colección PUNTOROJO:

967—Silencio en Marsella.

En Colección CALIFORNIA:

1.261—La viuda y el sheriff.

ISBN84-02-02520-XDepósito legal:B.35.014-1980

Impreso en España-Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1981

©Joseph Berna-1981 texto

©Luis Almazán-1981 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A. (Mora

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. (Parets del Vallés (N-152, Km.
21,650) Barcelona-1981

CAPITULO PRIMERO

Arthur Ewing, de cuarenta y cinco años de edad, mediana estatura, llenitudo de
Iba en batay zapatillas, y tenía la mirada fija en la pantalla del televisor, empujando

Estaban pasando *Solo ante el peligro*, la célebre película del desaparecido Gary Cooper,

el actor que más había admirado Arthur Ewing.

De ahí su expresión de felicidad.

Pero Arthur Ewing no sólo se sentía feliz porque estaba viendo una de las mejores

Dorothy había ido a visitar a sus padres, que vivían en Lowell.

Solía hacer lo una vez al mes, casi siempre sola, porque Arthur se excusaba con

No era cierto, sí que podía, pero no quería porque esos dos o tres días que sumujer

Y no porque los aprovechara para echar una cana al aire, no.

Arthur Ewing quería a su mujer, con la que llevaba casado casi veinte años y de

Dorothy tenía un montón de virtudes. Era bonita y cuidaba su figura...

Era dulce y cariñosa...

Era una excelente cocinera...

No era una mujer derrochadora...

Sí, Dorothy tenía muchas cosas buenas.

¿Por qué, entonces, Arthur Ewing se alegraba de que su mujer se ausentase de

Pues, porque Dorothy también tenía un defecto. Era muy parlanchina.

Una verdadera cotorra.

Empezaba a hablar por la mañana, cuando se despertaba, y no paraba hasta que
pezuaban nuevamente a darle al pico.

Nisi quisiera se callaba cuando estaba viendo la televisión, y esto era lo que más irritaba

a Arthur, porque a él le gustaba concentrarse y no podía.

De nada le servía enfadarse, sin embargo, pues Dorothy, que conocía bien su

Lomalooeraque, incluso cuando hacían el amor, Dorothy charlabap por los cod
Cuando Dorothy iba a visitar a sus padres, la casa quedaba en silencio, y Arthur gozaba
de ese silencio, podía verle la televisión tranquilo, leer el periódico sin verse interrumpido
Aquella noche, por ejemplo, de haber estado sumo mujer en casa, Arthur no hubier
Gracias a Dios, Dorothy estaba en Lowelly Arthur Ewing podía disfrutar de ve
De pronto, cuando más absorbido y concentrado se hallaba Arthur, el timbre de la
Arthur Ewing frunció el ceño.

¿Quié diablos podrías ser a aquellas horas, casi las once de la noche...?

Tan extrañado como molesto, Arthur dejó la copa sobre la mesa y se levantó de
Al abrir, se encontró a una bella muchacha de frondosa cabellera rubia y ojos sa

— Buenas noches, señor Ewing —

dijo la chica, con dulce voz, y se coló en la casa con la mayor naturalidad.

Arthur, perplejo, porque no conocía a ninguna joven rubia, se quedó miránd
La chica, que lucía un precioso vestido largo hasta los pies, definió tirantes y un escote

en forma de «V» que casi le permitía mostrar el ombligo, amén de buenapartede

— Cierre la puerta, señor Ewing. Arthur lo hizo, muy lentamente.

— Ahora, haga lo mismo con su boca, que así tiene cara de tonto —
se tornó burlona la sonrisa de la desconocida.

Arthur cerró la boca y emitió un nervioso carraspeo.

— ¿Quiénes usted?

— Me llamo Samantha.

— ¿Qué es lo que quiere, Samantha?

— Charlar un rato con usted, señor Ewing.

— ¿Charlar...?

— Sí.

— Y o no la conozco, Samantha.

—

Y o a usted sí le conozco, señor Ewing. Sé que posee una fábrica de muebles, que es

— Veo que está bien informada.

— Sí —

respondió Samantha, y se adentró en la casa, moviéndose sensualmente las

caderas.

Arthur fue tras ella, los ojos clavados en la suave espalda de la chica, totalmente

Samantha, sin duda guiada por el código del televisor, llegó hasta la sala de estar y

penetró en ella.

—Oh, estaba usted viendo la televisión, señor Ewing...

—Sí.

—Ese es Gary Cooper, ¿no?

—Sí.

—¿Qué película es esa?

—*Sólo ante el peligro*.

—Buena película, pero ya está un poco pasada—

dijo Samantha, ya pagó el televisor.

—¡Eh! ¿Por qué ha hecho eso?— protestó Arthur.

—No podemos hablar con el televisor funcionando, señor Ewing—
respondió la rubia, sentándose en el sofá.

Inmediatamente cruzó las piernas. Y cómo las cruzó...

Los ojos de Arthur Ewing se posaron en los largos y esbeltos muslos de la chica, que la

abertura frontal de su vestido de noche le permitía exhibir descaradamente.

Arthur empezó a olvidar la sede de Gary Cooper y a pensar en otras cosas, excitado por

—¿Me sirve algo de beber, señor Ewing?

—¿Eh?

—Que me sirva algo de beber.

—Oh, sí— carraspeó nerviosamente Arthur—. ¿Qué prefiere?

—¿Qué estaba tomando usted?—

—Whisky con soda.

—Tomaré lo mismo.

Arthur se acercó al mueble-bar.

Mientras preparaba la bebida, echó una mirada a la bella y sensual Samantha.

Ellas cruzó las piernas y las volvió a cruzar, invirtiendo la posición de su torso.

Las orejas de Arthur se pusieron muy rojas. También suprimió la calva.

La botella de whisky tembló en su mano.

Para evitar que le cayese, Arthur dejó de mirarla excitante rubia. Samantha

Sabía que tenía al cuarentón en el bote.

Encuanto se acercase a ella con la bebida... Eso sucedía apenas un minuto después.

—Gracias, señor Ewing—

dijo la rubia, tomando la copa que le ofrecía Arthur.

—Siéntese a mi lado y hablaremos.

Arthur, tras una leve vacilación, se sentó en el sofá, pero dejándolo a medio metro en

caderayladelamuchacha.

Nosirviódenada,porqueelladiounsaltitoyquedópegadaaél,diciendo:

—Notengoningunaenfermedadcontagiosa,señorEwing,asíqueno tieneporque...

—No,siyono...—tosióArthur.

—¿Metienemiedo,señorEwing?

—Oh,no...

—¿Seguro?

—Bueno,sihedesersincero,unpoco...—confesóArthur.

—¿Porqué,señorEwing?

—Bueno,yosoyunhombrecasado,ysimimujerseenteraradeque...

—Siustednocometelatonteríadedecírselo,noseenterará.

—¿Decírseloyo...?¡Mearrancaríaelpocopeloquemqueda!

Samantharióyleacariciólacabezaconsusdeditosdeterciopelo.

—Tieneustedunacalvapreciosa,señorEwing.

—Porfavor,noseburle.

—¿Quiéenseburla?

—¿Deveraslegustamicalva,Samantha?

—Muchísimo.Ledapersonalidad,carácter,firmeza...

—Agradezcosuspalabras.

—¿Quéesloquemáslegustaausteddemí,señorEwing?

—Todo.

—Bueno,algunacosahabráquelegustemásquelasotras...

—Nosé,esdifícilelegirSurostro,subusto,suscaderas,suspiernas...Todoesperfe...

—¿Nosientedesosdebesarme,señorEwing?

—Claro.

—Hágalo.

—Nopuedo.Elrecuerdodemimujer...

—SumujerestáenLowell.Olvídesedeellaporestanoche.

—Noesfácil.

—Yoleayudaré—

sonrióembaucadoramenteSamantha,ybuscólostemblorososlabiosdeArthur. Arthur,enprincipio,seresistióadevolverlaseriedecortossuavesbesos,perol Amásdeunatención...

Sí,porquesumanoderechayasehabíaposadosobrelooraterciopeladosmuslosf Samantha,naturalmente,noprotestó,puesesoprecisamenteeraloqueellades ArthurEwing,sinsospecharquesehallabamásenpeligroqueGaryCooperensu Samanthaempezóamordisquearleloslabiosyadeslizarlelalenguaporentreel

para excitarle más.

Y lo consiguió, claro.

La soreja de Arthur ardían, lo mismo que su calva, en la que, sin exagerar, se hubi-

Nada de extrañó tuvo, pues, que la otra mano de Arthur Ewing se deslizase tem-

Larubia, sin despegar sus labios delos de él, se bajó los delgado tirantes, quere-

Arthur se olvidó de las piernas de la chica y tomó los senos de ella con sus manos.

Samantha dejó que el cuarentón se encendiese un poco más, y cuando calculó

Los de Arthur brillaban como brasas.

—¿Nos vamos a la cama, señor Ewing?—

sugirió Larubia, con malicioso sonrisa. Arthur, sin soltar los senos femeninos

—Yonunca he engañado a mi esposa...

—¡No me lo creo!— exclamó Samantha, riendo.

—Eslaverdad, lo juro.

—¿Tanto la quiere...?

—Sí, mucho.

—

Bueno, que se acueste usted esta noche conmigo no significa que vaya a dejar de co-

—No, claro que no. Pero es que no lo entiendo, Samantha.

—¿Qué es lo que no entiende usted, señor Ewing?

—

Que una chica como tú, tan joven y tan hermosa, quiera hacer el amor conmigo, q-

Larubia sonrió deliciosamente.

—

Los cuarentones son de poca fiabilidad, señor Ewing. Especialmente si están casados

—¿De veras?

—Sí.

Arthur guardó silencio.

Samantha le pasó los brazos por el cuello, rozándole deliberadamente la piel, y e-

—¿Nos vamos a la cama, señor Ewing...?—

sugirió de nuevo, acariciándole con los ojos. Arthur Ewing, que seguía teniendo

—Sí, Samantha.

Steve Lormer detuvo su coche, un «Dodge» gris, frente a la fábrica de muebles de Arthur Ewing.

Después de dar una mirada a la fachada, mientras arrojaba la colilla del cigarrillo, Steve Lormer era un tipo alto, fuerte, de hombros muy separados y cuello robusto. Apenas entró en la fábrica descubrió la escalera que había al lado de la derecha, con un Steve subió la escalera, captando ya el tecleo de las máquinas de escribir y el

Allí llegar arriba al fondo una puerta con un rótulo que indicaba que aquí era el

despacho de Arthur Ewing, el dueño de la fábrica.

Steve se dirigió hacia allí, pasando por delante de la estancia en la que trabajaba.

Lo primero que vio fueron unas piernas, enfundadas en medias de red azules. Pertenece a la chica de pelo castaño que se hallaba subida a una silla y trataba de

Lamuchacha, que vestía una falda corta y un blusón de tirantes, se había aupado al

máximo sobre las puntas de sus pies, para verse si conseguía colocar la maldita

No había visto entrar a Steve Lormer, por lo que éste pudo seguirlo contemplando

De pronto, la carpeta escapó de las manos de la chica y cayó al suelo.

—¡Maldita sea!— exclamó la joven, furiosa.

—Yo la recogeré, preciosa—

dijo Steve, acercándose. Lamuchacha dio un gracioso respingo.

—¡Eh! ¿Quién es usted?

—Me llamo Steve.

—¿Por dónde ha entrado?

—Por la puerta, naturalmente.

—Y no he oído nada.

—Estabas distraída con lo de la carpeta. Tómalala—

se la tendió Steve, que ya la había recogido del suelo.

Lamuchacha tomó, poco menos que de un zarpazo.

—Y así porque estaba usted tancallado.

—¿De veras?

—Me estaba mirando las piernas.

—Lastienes muy bonitas.

Lamuchacha se bajó de la silla.

—¿Y ahora quieres colocar la carpeta ahí arriba?— preguntó Steve.

—Loharé después, cuando no hay amirones—

gruñó ella. Steve le arrebató la carpeta.

—¡Eh! ¿Qué hace?—

gritó la joven, tratándole a recuperar la carpeta. Steve la elevó, poniéndola fuera de

—Tranquila, bombón... Sólo quiero ayudarte—
dijo, con una sonrisa, y se subió a la silla.

Dada su estatura, no tuvo ningunadificultad para colocar la carpeta en el estante.

—Ya está—habló de nuevo, y se bajó de la silla.

Lachica le miró visiblemente desconcertada, pero no dijo nada. Steve la miró a la

Lamuchacha, que aparecía a unos veintitrés años de edad, no sólo tenía las

Alfijarse en sus altivos senos, Steve adivinó que se mantenían levantados por

Lajoven, para evitar que Steve siguiera observando las formas juveniles de su

Steve la miró a los ojos, grandes y profundos, de pupilas color violeta.

—¿No vas a darme las gracias, encanto?

—¿Por qué?

—Coloqué la carpeta en su sitio.

—Y no le pedí que lo hiciera.

—No, pero lo hice, y debería agradecerme lo.

Lachica se mantuvo callada, labarbillas orgullosamente levantadas.

—No quieres darme las gracias, ¿eh?

—No.

—Muy bien—dijo tranquilamente Steve, y volvió a subirse a la silla.

Tomó la carpeta que unos minutos antes colocara en el estante y la dejó caer al

Lamuchacha enrojeció de furia.

—¡Es usted un...!

—Y no sé lo que seré, pero tú eres una niña mal educada—

la interrumpió Steve, y caminó hacia la puerta del despacho de Arthur Ewing.

—¡Eh, deténgase!—

ordenó la joven, corriendo también hacia allí. Alcanzó la puerta antes que

—Apártate, muñeca—pidió él.

—¡No puede entrar aquí!

—¿No es el despacho del señor Ewing?

—¡Sí!

—El señor Ewing me está esperando.

—¡Esotendré que comprobarlo!

—

Compruébalo, monada. Entray dile al señor Ewing que Steve Lormer está a

—¡Espere!

—Loharé, no temas.

Lamuchacha abrió la puerta y entró en el despacho, cerrando tras de sí con

para que Steven se colara.

Poco segundos después, la puerta volvió a abrirse y la arisca jovencita salió del

—Puede pasar.

—Gracias, simpática—sonrió Steve, con ironía.

—Váyase al cuerno—rezongó ella.

Steve entró en el despacho y cerró la puerta, no sin antes sacarle burlonamente

Arthur Ewing se había puesto en pie y ya salía al encuentro de Steve Lormer, vi

—Hacer algo que espero, señor Lormer.

—

Losiento, señor Ewing, pero me pilló usted en la cama. Y no me pilló solo...

—repuso

Steve, sonriente, al

tiempo que estrechaba la mano que le tendía el dueño de la fábrica.

—Entiendo—sonrió también, aunque singanas, Arthur Ewing.

—¿Cómo se llama la chica que me recibió?—preguntó Steve.

—Ruth; Ruth Maxwell. Es mi secretaria—informó Ewing.

—Preciosa muchacha.

—Sí, Ruth es encantadora.

—

¿Se muestra huraña con todo el mundo, o es que yo no le caigo en gracia?

—¿Hatenido problemas con ella, señor Lormer...?—

pareció extrañarse Ewing.

—

Bueno, tanto como problemas... La sorprendí subida a una silla, empujando sobre

Arthur Ewing volvió a sonreír forzosamente.

—

Disculpe usted a Ruth, señor Lormer. Riñó la pasada semana con un novio, de una

—Ya.

—Siéntese, señor Lormer.

—Gracias.

Steve Lormer se sentó en el sillón que había delante del mesaje y Arthur Ewing l

—¿Uncigarro, señor Lormer...?—

sugirió Ewing, ofreciéndole su cajade habanos.

—Cogeré dos, si no le importa—sonrió Steve

—Unopara ahora y el otro para después.

—Puede cogerlos que quiera, tengo otra caja.

—Oh, en ese caso me quedo con tres. Huelen tan bien...—

ponderó Steve, pasándose unodelos habanos por debajo delanariz.

Arthur Ewing accionó su encendedor de mesa, muy artístico, y acercó la llama

Steve encendió el habano, soltando mucho humo.

—Excelentes cigarros, señor Ewing—ponderó de nuevo

—Magníficos de verdad.

—Sí, a mí también me gustan mucho—sonrió Arthur.

—Bien, usted dirá qué es lo que quiere de mí, señor Ewing.

ArthurEwingvolvióamostrarsepreocupado.

—
Tengoentendidoqueesustedunbuendetectiveprivado,señorLormer.

—
Bueno,nosoyelnúmerouno,perotampocofiguroenlacoladelalista
—repuso

Steve,quesehabíaarrellanadoenelsillónymontadounapiernasobrelaotra.

—Esustedmuyeficiente,losédebuenatinta.

—Elcalamarqueselohadichodebedeseramigomío,nohayduda.

—¿Calamar...?—parpadeóArthur.

—Tinta,calamar...Eraunchiste,señorEwing.ArthurEwingrió.

—Tieneustedungransentidodelhumor,señorLormer.

—
Expóngamesucaso,señorEwing,ytratarédesolucionárselo.ArthurEwing

—Ocurrióanoche,señorLormer.

—¿Quéocurrióanoche,señorEwing?

—
EstabayoconGaryCooper,cuando...SteveLormerrespingóenelsillón.

—¿Queestabaconquién...?

—Bueno,viendolapelículadeGaryCooper,quierodecir—
aclaróArthur—.Soloanteelpeligro,lapasaronanocheportelevisión.

—¡Ah!,esoestracosa.

—¿Nolaviusted,señorLormer?

—
No,yonoestabaviendoaGaryCooper,sinoaunapelirrojadecarneyhueso.Med

—Esnatural—sonrióligeramenteArthurEwing

—.Bueno,comoleestabadiciendo,señorLormer,meencontrabayotranquilar

—¿Unachicarubia--?

—
Sí,unamuchachadenomásdeveintidós años,bella,elegante,conunamaravilla

—¿Laconocíausted?

—No,jamáslahabíavisto.

—¿Quéqueríaesapreciosidaddecabellosrubios,señorEwing?

—
Elladijoquecharlarunratoconmigo,peroloquerealmentedeseabaeraembau

SteveLormerencanutóloslabiosylargóunsilbido.

—Casiveintemildólaresentotal...

—Sí.

—Unbuengolpe,nocabeduda.

—
Nopuedoacudiralapolicía,señorLormer,porquemiesposaseenteraría deque

—Entiendo.

—
Quieroqueseencargueustedderecuperarlasjoyasdemimujer,señorLorr

también los cuatro mil dólares, si es posible, aunque el dinero me importa mucho.

—Eso es muy poco tiempo, señor Ewing.

—José.

—Necesito un par de días más, como mínimo.

¿No puede usted conseguir que su esposa prolongue su estancia en Lowell?

—

Si es necesario, la llamaré y le diré que tengo que ir a Nueva York para concretar.

—

Muy bien, señor Ewing. Ahora, hableme de la chica rubia. Describame la contod

ArthurEwinghizounaperfectayminuciosadescripcióndelahermosaladrona.

Cuandoacabó,eldetectiveprivadopidió:

—

Quieropapel,lápizyunagomadeborrar,señorEwing.Arthurselofacilitó.
Steve tomó ellápiz y empezó a trazar una suave línea en el bloc.

—Dijousted frondosa cabellerarubia...,¿no,señorEwing?

—Sí.

—Bien.

Steve, demostrando ser un notable dibujante, plasmó una hermosa cabellera.

Eldueño de la fábrica de muebles, asombrado, exclamó:

—¡Es ella, señorLormer! ¡Es Samantha...! Steve sonrió.

—Seguro que es eno es su verdadero nombre, señorEwing.

—No, supongo que no.

—Bien, ahora vayamos con su figura.

En otra hoja de papel, Steve Lormer plasmó el hermoso cuerpo de la ladrona, desde

Elasombro del cuarentón calvo yanotenía límites.

—¡Es usted un genio dibujando, señorLormer! Steve rió.

—Si lo fuera, no sería detective privado.

—¡Podría ganarse perfectamente la vida con el dibujo, señor digoyol!

—

Es posible. Pero sería muy aburrido, señorEwing. Ser detective privado es mucho

—Y mucho más peligroso también.

—

Sí, tengo que reconocerlo. Pero a mí me gustan las emociones, señorEwing. Cuando

—Es usted un hombre de acción, señorEwing. Cuando se le aguita—

sonrió Arthur. Steve se puso en pie y se guardó los dibujos.

Como ya casi no le quedaba puro, lo pagó, aplastándolo contra el cenicero.

—Me voy a trabajar, señorEwing. Y atenderá noticias mías.

Arthur, que también se había puesto en pie, le tendió la mano y rogó:

—

Ponga el máximo empeño, señorLormer. Si me saca de este apuro sabré agradecerle.

Steve le estrechó la mano.

—

Esté tranquilo, señorEwing. Daré con esa bella zarubiay recuperaré sudineroyl

—Confíopenamente en usted, señor Lormer.

—Gracias—

sonrió el detective, y caminó hacia la puerta, saliendo del despacho.

Ruth Maxwell, la secretaria de Arthur Ewing, se había sentado al otro lado del

No interrumpió su trabajo al verse a la vista de Steve Lormer, prefirió ignorarle. Steve

Lamuchachal había recogido y la había dejado sobre la mesa, sin duda con in

Steve Lormer, sin decir nada, se acercó a la mesa, cogió la carpeta, se subió a las

Ruth Maxwell había dejado de detectar la máquina de escribir y le miraba fijam

—Lamento de antes, pequeña...—

dijo Steve acercándose a la mesa.

—

¿Qué es lo que le importa, haberme llamado a una educación o haberme sacado burlas?

—Las dos cosas.

—¿Por qué?

—

Cuando hice eso, ignoraba que estaba de mal humor porque has roto con tu

—¿Cómo se ha enterado?

—El señor Ewing me lo ha dicho.

—No debí hacerle eso, es asunto de cosas muy personales.—

Bueno, como yo le conté que te habías enfadado mucho conmigo, por que te pillé

—¿Y por qué se lo contó? Tampoco él tenía por qué saber eso.

—Si piensas que trataba de perjudicarte, estás equivocada.

—¿Seguro?

—Firmemos la paz, Ruth.

—Y no firmes nada.

—¿Técnicamente?

—Sí.

—¿Solo por que te miré las piernas?

—Y por otras cosas.

—Yate dicho que le mento lo que pasó.

—Aunque no hubieras pasado nada, me caería igual de mal.

—¿Por qué?

—Tiene aspecto de matón, y a mí no me gustan los matones.

—Bueno, si lo dices por que soy alto y corpulento...

—Y por la cara.

Steve se tocó las mejillas.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Nomegustanada.

—¿Meencuentrasfeo?

—Leencuentrobruto.

Steve, lejosdeenfadarse,sonrió.

—Tunovioeramásguapo,¿verdad?

—Desdeluego.

—¿Porquéreñisteconél,entonces?

—Esoaustednoleimporta.

—¿Ledejastetúaél...otedejóélati?

—¡Yoaél,paraqueseentere!—rugiólamuchacha.Steverió.

—Tranquila,noteenfades.Sólohiceunapregunta.

—¡Llenademalaintención!

—Oye,tútesubesenseguida,¿eh,preciosa?

—¿Adónde?

—Alaparra.

RuthMaxwellleelectrocutóconlosojos.

—Secreeuntipogracioso,¿verdad?

—No.

—¡Menosmal,porquenoloesenabsoluto!

—Acabasdetreparunpocomás.

—¡Váyasealinfierno!

—Yaestásenlomásaltodelaparra.

—¡Lárguese,maldito!

—‘Nomeextrañaquetetepelearascontunovio,¿sabes?

Conelmalgenioquetienes,hayquecolmarsedepacienciaparaaguantarte.

Lajovenbrincódelasillacomosilehubiesenpinchadoeltraseroconunalfiler.

—¡Fuerademivista!—rugió,elrostroamoratadodeira.

—Está bien,yamevoy.Peroprocuracalmarte,¿eh?

Setehapuestocaradeberenjena.Lamuchachalevantóelpuño.

—¡Váyaseolepego!

—¡Huy,qué miedo!—seburλόSteve.

RuthMaxwellsoltóelpuño,peroeldetectiveprivadoladeólacabezaconrapidez.

SteveLormernoquisoirritarlamáscopycorrióhacialpuerta.

—¡Hastapronto,fieraconfaldas!—

dijo,ysaliódel despachodeArthurEwing.

Steve Lormer se pasó toda la mañana visitando lugares en los que podía haber
 Entodosestos sitios mostró el retrato que él mismo dibujara en el despacho de
 Alrededor de la una y media, el detective interrumpió su investigación para
 Steve detuvo su «Dodge» en una calle sin salida, muy cerca de un pequeño yeco
 El detective solía visitar lo bastante menudo, razón por la cual en el restauran
 Steve descendió del coche y salió de aquella calle cortada por una alameda

Segundos después, entraba en el restaurante y ocupaba una de las mesas lib
 Lacamarera, una chica morena de rostro agraciado y curvas bien señaladas, s

—Hola, Steve.

—¿Qué tal, Lisa?

—¿Novas decirme lo de siempre?—sugirió la camarera, coqueta.

El detective posó sumirada en los firmes y desarrollados en los del chica, que

—
 Llamarte Lisa es un contrasentido, por qué tú, de «Lisa», no tienes nada, se temie

Lacamarera rió, halagada.

—Cada día me caes mejor, Steve.

—Y tú a mí, preciosa. Si no tuvieras novio...

—¿Qué?

—Compartiríamos la misma cama más de una noche.

—¿De veras te gustaría?

—Me encantaría.

—
 Bueno, no des esperes. Alomejor el día me nos pensador o rompo con mi novio

—
 No me hagas concebir falsas esperanzas, Lisa. Sé que lo dices por que te gusta co

Lacamarera volvió a reír.

—¿Qué te apeteciera comer, Steve?

El detective se le dio la espalda y se alejó, en dirección a la cocina, moviendo con gra

Algunos minutos después, Steve Lormer empezaba a comer.

Media hora más tarde, pagaba su cuenta, añadiendo una propina para la atra

> —Gracias, Steve—le sonrió ella.

—
Hastalavista,preciosa.Ysirompescontunovio,noteolvidesdedecírmelo
—

bromeóeldetective.

—Túseríaselprimeroensaberlo—aseguróLisa.

Steve,aunquehubierapreferidopellizcarleotrascosas,secontentóconpelli

Fueenbuscadesucoche,dispuestoareanudarlainvestigación.

Apenasentrarenlacallequenoteníasalida,recibióungolpeenlanuca.Dur

Eldetectivesedesplomó,emitiendoungemidoahogado.Noperdiótotalm

Eltipoquelehabíagolpeado,tanaltocomoelpropioSteveLormerymuchom

Steve rugió dedolor y se encogió, acusando el brutal patadón.

El gorila que le estaba golpeando de aquel modo tan terrible no se hallaba solo

Igual de altos.

Igual de hercúleos. Igual de bestias.

Entre los tres rodearon al detective privado.

El que había golpeado a Steve dejó oír su voz arrón:

—Desarmadle.

Steve, al escuchar aquello, intentó sacarse el revólver. No pudo.

El par de tremendos golpes recibidos, además de causarle un profundo dolor,

Un de los matones se la pisó salvajemente, arrancándole un largo aullido, qu

Steve Lormer quedó inmóvil, boca arriba, la cabeza aladeada, los brazos abier

Entonces un de los fulanos se agachó y le arrebató el arma, guardándosela en un

bolsillo.

—¿Lo«trabajamos»unpocomás,Jack?—preguntóesemismotipo.

—Sí,muchachos—

respondióel llamado Jack, que era quiendabalasórdenes

—.Perosinpasarse,¿eh?—advirtió

—.Setratademandarloalhospital,noalcementerio.

—Entendido,Jack—

sonrióel fulano que se apoderara del revólver del detective, y proyectó la pierna

Steve Lormer recibió el patadón en el costado y, aunque se hallaba inconscien

El otro gorila amigo de Jack también dejó ir su pierna, alcanzando en el hígado

Con otro par de patadas, éstas propinadas en el rostro, concluyó el «tratamiento».

—Ya es suficiente, muchachos. Larguémonos—indicó Jack.

Los tres matones abandonaron rápidamente la calle cortada, subieron a un coche y listos para ingresar en un hospital, como ellos querían. Bueno, a los tipos, era. Quien quería a ver a Steve Lormer en un hospital, por algunos días, era la persona. Los matones se habían limitado a cumplir el encargo.

Apesar de que ya habían transcurrido varias horas, Ruth Maxwell, la secretaria de Arthur Ewing, seguía de un humor de perros. No había más que mirarle la cara. Parecía tener ganas de morder. Y realmente tenía. Peron de morder a todo el mundo.

Elasólo de se abamordera una persona: Steve Lormer.

Si volvíaa verle, le demostraría los años y lo fuertes que tenía los dientes.

¡Vaya si le demostraría!

Ruth Maxwell movió las mandíbulas, como si ya estuviese mordiendo al maldito Steve Lormer.

En aquel preciso momento, la puerta se abrió y Steve Lormer entró en el despacho ensangrentado. Dolorido...

Con paso vacilante, amenazando con derrumbarse de un instante a otro, se acercó.

Ruth Maxwell ya no parecía la misma de hacía tan sólo unos segundos.

Se habían ido las ganas de morder al ver el penoso estado del detective.

Steve Lormer alcanzó la mesa y se apoyó en ella con una mano, mientras con la

—¿Está..., está el señor Ewing...?—preguntó débilmente.

Ruth Maxwell movió la cabeza y musitó:

—No, salió.

—Necesito ayuda, preciosa. Sé que tú y yo somos amigos, pero...

El detective no pudo seguir hablando, porque le abandonaron las fuerzas y se

Ruth Maxwell saltó de su sillay rodeó rápidamente la mesa, arrodillándose

Steve Lormer, cuya cabeza levantó cuidadosamente.

—Steve...

El detective entreabrió los ojos.

—Me siento muy débil, Ruth...

—¿Qué le pasó, se cayó de un quinto piso o le atropelló un autobús?

—Unos tipos cayeron sobre mí por sorpresa y me golpearon...

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Sucaradapena, ¿sabe?

—No importa, a ti tampoco te gustaba como estaba antes.

—Intentaré arreglársela un poco.

—Gracias, pequeña.

—Nomellamepequeña.
—Gracias, grandota.
—Siempieza con pitorreo para regular la cara a su abuela.
—Mi abuela no puede arreglarse, lleva diez años enterrada.
—Losiento.
—¿Por qué? Era preciso enterrarla, estaba muerta.
—Hombre, y a lo supongo. No iba a enterrarla viva. —Claro.
—Vamos, deje de hablar y póngase en pie.
—Lo dice como si eso fuera la cosa más sencilla del mundo.
—Sí se agarraré a mí, no será tan difícil.
—¿No te importa?
—Sí que me importa, pero, dadas las circunstancias, se lo voy a permitir.
—Gracias, mediana.
—¿Qué ha querido decir con eso?

—

Nada. Como no quieres que te llame pequeña ni grandota, pues te llamo mediana.
¿Está bien así?

—

Minombre es Ruth, y usted lo sabe. Si no me llama así, no hay que arreglarlo de cara.

—Y de costillas.
—¿También le duelen?
—Horriblemente. Y el hígado. Y los costados. Me lo patearon todo.
—¿Todo...?
—No, lo que tú estás pensando me lo respetaron.
—Menos mal —sonrió levemente la joven.
—Te alegras, ¿eh?
—Sí, por que de «eso» no me hubieran podido ocupar. —
¿Eres una chica vergonzosa, Ruth?
—No, pero hay cosas que... ¡Oiga!, ¿por qué sigue tendido en el suelo?
¿No le dije que se agarrara a mí y se levantara?
—Sí, me lo dije —suspiró Steve, y le pasó el brazo por el cuello.
—Vamos, arriba. Concuidado.
El detective hizo varias muecas de dolor y emitió algunos gemidos, pero logró ponerse de pie.
—¿Ve como era tan difícil? —
dijo la secretaria de Arthur Ewing, que le sostenía por la cintura.

—

Lo difícil va a ser mantenerme erguido. Tengo las piernas de goma, Ruth.

—Y la cara de granito.
—¿Lo dice por que me manosea sobre tu hombro?
—Mi hombro está más arriba.
Steve Lormer emitió unato seco y subió el brazo, retirándolo del seno derecho.
—Disculpa, Ruth. No me había dado cuenta de que...
—Vamos, camine.
—¿Hacia dónde?

—

Hacia el despacho del señor Ewing. Le tenderé en el sofá y le tenderé allí.

—
Eres una buena chica, Ruth. Nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí.

—Niyolo que me hizo usted mañana.

—Creí que ya me habías perdonado.

—¡Ni hablar!

—Entonces, lo que estás haciendo aúnes más de agradecer.

—Y que lo diga.

Ya estaba en el despacho de Arthur Ewing.

Antes de tender a Steve Lormer en el sofá, Ruth Maxwell le quitó la chaqueta, d

—¿Es usted policía, Steve...?

—No.

—¡Llévate pistola!

—La llevaba. Los tipos que me atacaron debieron quitármela.

—¿Qué es usted, Steve...?

—Detective privado.

—¿Le contrató el señor Ewing?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para averiguar por qué se peleó usted con su novio.

La expresión de asombro de Ruth Maxwell resultó tan cómica que Steve Lorm

—Sólo era una broma, Ruth— aclaró. La muchacha soltó un gruñido.

—¿No quiere decirme por qué le contrató el señor Ewing, Steve?

—No puedo, compéndelo.

—Está bien, no me lo diga—

rezongó Ruth, despojándolo de la camisa. Así, con el torso desnudo, Steve Lorm

—Le patearon con ganas esos salvajes, ¿eh?—

dijo Ruth, observando las dolorosas contusiones.

—Sí, se despacharon a gusto...—

respondió Steve, oprimiéndose suavemente las costillas.

—Voy por el botiquín.

—Notarás ome en contrarás dormido.

Ruth salió del despacho, regresando a los pocos segundos con el botiquín y un

—¿Se siente mejor, Steve?

—Bastante mejor, sí.

—

Debería verle un médico. Es posible que tenga alguna costilla rota. Se quejó mu

—Porque soy un quejica— sonrió el detective.

—Hablo en serio, Steve.

—

Losé, Ruth. Y te agradezco que te preocupes por mí. Pero no puedes seguir tu cons

—¿Porqué?

—Sivoyalmédico, meordenaráquememetaenlacamaynolaabandoneenunpar

—‘Puesmeteyobedece.

—Nopuedohacerlo,Ruth.ElseñorEwingmenecesita.Tieneungraveproblema,comoenlospreciososojosdeRuthMaxwellhuboundestellodeadmiración.

—Empiezoacreeerquemeequivoquéconusted,Steve.

—¿Significaesoqueyatecaigobien?

—No,perosímenosmal.

—Bueno,algoesalgo.

—Nopuedoolvidarqueemellamófieraconfaldas.

—Tecomportastecomotal,reconócelo.

—Talvez.Peroporqueustedmesacódemiscasillas.

—Esoesverdad,aunqueñoeramiintención.Yoqueríaquefuéramosamigos,recuerda.

—¿Quépiensahacer,Steve?

—Insistir,hastaqueteconvenzasdequenosoyunmaltipo.

—NomerefieroaesosinoalcasoqueleencargóelseñorEwing.

—Descansaréunpardehorasyreanudarélainvestigación.

—Unpardehorasesmuypoco.

—Quizá,peronopuedoperdermástiempo.

—Estábien.Ahoraduerma.

—Medespertarásdentrodedoshoras,¿verdad?

—Sí.

—Graciasotravez,Ruth—sonriósuavementeeldetective,ysedurmió.

Unahoradespués,aproximadamente,ArthurEwingregresabaasufábricay:

—¡SeñorEwing!—

exclamóRuthMaxwell,alverleentrar,ysepusorápidamenteenpie.

—¿Quésucede,Ruth?

—¡SteveLormerhavuelto!

Eldueñodelafábricademueblesrespingó:

—¿Tanpronto...?

—Sí,hacepocomásdeunahora.

—¿Semarchóosigueaquí?

—¡Estáensudespacho!

ArthurEwingtrotóhaciaallí.Susecretariafuetrasél.

Arthurentróeneldespachoydescubrióaldetectiveprivadosobreelsofá,elto

—¿Quésignificaesto,Ruth...?—

preguntó,hondamenteimpresionado.

—Unostiposlegolpearon,señorEwing.Yoleatendí.

—Diosmío...—musitóArthur—.¿Tedijoalgomás?

—

No,señorEwing.Sóloqueesdetectiveprivadoyqueustedlecontrató,peronom

—Esunasuntomuypersonal,Ruth.

—

Nosepreocupe,señorEwing.Nosientoningunacuriosidadporsaberlo

—mintiólamuchacha.

—¿CómoestáelseñorLormer,Ruth?

—

Bastantemal,señorEwing.Leatizaronduro.Yoleaconsejéquefueraaveraunm

—Esungrantipo.

—Sí,síqueloes.

—Graciasporhaberleatendido,Ruth.

—Eramideber,señorEwing.

—Dejémosledescansar.

—Sí,lehacemuchafalta.

ArthurEwingysusecretariasalieroneldespacho,cerrandolapuerta.

PorordendeArthurEwing,RuthMaxwellnodespertóaSteveLormerunahoran

Stevenose enfadó por el Lloyd y dio las gracias al dueño de la fábrica, sentado ya en el
Steve tomó el fortísimo café y él le hizo sentirse un poco mejor.

—¿Conocía a los tipos que le atacaron, señor Lormer?—

inquirió Arthur. El detective movió la cabeza negativamente.

—No, señor Ewing.

—¿Por qué le golpearon, entonces?

—

Bueno, sólo puede haber un motivo. La persona que usted me encargó buscar sab

—¿Usted cree...?

—

Seguro, señor Ewing. Teme, y con razón, que pueda dar con ella. Y eso, claro, no lo

—

Si está usted en lo cierto, señor Lormer, es posible que esos matones le atacande

—temió Arthur.

—

Esmás que posible, señor Ewing; es seguro. Pero no se preocupe, no volverán api

—No está usted en condiciones de pelear, señor Lormer.

—¿Quién ha dicho que no?—sonrió el detective

—Las tres horas de descanso, y el magnífico café que me ha ofrecido Ruth, me ha

Arthur Ewing y su secretaria cambiaron una mirada llenada de preocupación, p

El detective, para demostrarles que así era, se puso en pie y se colocó la camisa y

—Adiós, señor Ewing.

—Tengo mucho cuidado, señor Lormer.

—Lo tendré, descuide.

—Acompañale, Ruth.

—Sí—

respondió la muchacha, abriendo la puerta del despacho. Steve salió de él, segui

Y junto a la otra, la de la antesala del despacho de Arthur Ewing, el detective m

—Cuide-se, Steve.

—Me gustaría hacer algo antes de irme.

—Si está pensando en...

—Sí, en eso estoy pensando—

la interrumpió el detective, y labesó en los labios, al tiempo que le pasaba el brazo

Elle le puso las manos en el pecho y empujó, pero con escasa fuerza, como si ten

Steve siguió besándola con amabilidad, haciendo caso omiso de la débil resis

Cuando por fin se paró sus labios de los de ella, Ruth le miró y, muy seria, dijo:
—Debería darle un abofetada.
—Pero no me lavasadar, ¿verdad?—
sonrió contagiosamente el detective.
—Melo estoy pensando.

—
Notecreocapaz de golpear me, después de la paliza que me dieron los matones.

—Eso le salva.

—Sólo has idoun beso, Ruth.

—No debí dárme lo.

—¿No te ha gustado?

—No.

—Amí, sí—dijo el carotade Steve, y labesó de nuevo.

Ruth ni siquiera se molestó en empujarle ligeramente esta vez.

Incluso pareció que sus preciosos labios de volvíantímida mentela agradable ca

—Hasta pronto, Ruth.

—Adiós, caradecemento—

gruñó ella, aunque pareció sonreírle con los ojos. Steve rió, le pellizcó su av

Con todos los sentidos alerta, para no dejarse sorprender nuevamente por los

Alrededor de una hora después, el detective estacionaba su coche frente a uno

La suerte, hasta aquel momento es quiva, le sonrió endicho establecimiento,

—¡Es Lorena! ¡Lorena Clements!

Steveno pudore primir un respingo de alegría.

—¿Estás segura, preciosa?

—¡Absolutamente! Suele venir casi todas las semanas por aquí.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí, tenemos su dirección anotada en su fichada cliente.

—Dámela, encanto.

—Ante stendrá que decirme quiénes usted, ¿no?

—Me llamo Steve Lormer, y soy policía.

—¿Puede demostrarlo?

—¿Quemellamo Steve Lormer?

—Que es policía.

—Desde luego—

sonrió el detective, metiéndosela mano en el bolsillo interior de su

chaqueta.

Extrajosulenciayselamostróalachica,muyfugazmente.

—¿Satisfecha,monada?

—

Nodeltodo,porquenosésimehaenseñadounaplacadepolicíaaounafotodo
Agatha.

—Yonotengoningunatía,primor.

—Entonces,erasuplacadepolicía—

sonrióirónicamente la empleada del salón de belleza, una morenita que estaba

—Nolodudes,guapa.

—LedaréladireccióndeLorenaClements.

—Unmillóndegracias.

Lachicasealejó,regresandopocodespuésconunanotaenlaquehabíaapunta

—¿Porquénomedastambiéntuya?—sugirióSteve.

—Aminovionolegustaría—sonriólamorenita.

—Oh,estáscomprometida.

—Sí.

—Quélástima—

suspiróeldetective,yabandonóelsalóndebelleza.

Steve Lormer pulsó el timbre.

Apenas quince segundos después, la puerta se abrió y Lorena Clements se dejó

El detective reprimió un grito de contento.

Allí tenía a la bella muchacha que la noche pasada le había acariciado Arthur Ewing.

Fronzosos labios, ojos azules, labios carnosos y húmedos, sumamente

Sí, era la hermosa ladrona, no cabía duda.

Tenías pelo, tenías rostro, tenías formas...

¡La había encontrado!

¡Y más pronto de lo que él se imaginaba!

Lorena Clements le observaba a su vez con curiosidad, fijándose especialmente

Como Steve Lormer no decían nada, la rubia preguntó:

—¿Quiénes usted? ¿Qué desea?

—¿Mica no te dicen nada, preciosa?

—Sólo que se ha pegado con alguien.

—

Con tres hombres. Y sólo pegaron ellos. Me atacaron por sorpresa y no me dieron

—¿Qué cobardes.

—Alguien les ordenó que actuaran así.

—¿Quién?

—Una mujer, joven y hermosa, llamada Samantha.

—¿Qué mala.

—¿No te suena el nombre?

—No conozco a ninguna Samantha, si es eso lo que quieres saber.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Y qué me dices de Arthur Ewing?

—

No puedo decirle nada, porque tampoco conozco a nadie que se llame así.

—Yore frescaré tu memoria—

sonrió Steve, y se coló en el apartamento de la rubia, amplio y moderno.

Elle le miró, enfadada.

—¿Quién le ha invitado a entrar?

—No necesito que nadie me invite, acostumbro invitarme solo.

—Salga inmediatamente o llamo a la policía.

—¿A qué no?

Lorena Clements caminó resueltamente hacia el teléfono que se veía sobre la

*living*ytomóelaauricular,llevándoseloaloído.MiróaSteveLormer.

UnSteveLormertranquiloysnriente,segurodequelaRubianomarcaríaelnún

Y,enefecto,LorenaClementsno lo marcó.Sin colgarelauricular,preguntó:

—¿Porquépiensaquenovoyallamaralapolicía?

—Porquenote conviene,preciosa.

—¿Quépuedotemeryodelapolicía?

—Muchascosas.

—¿Porejemplo...?

SteveLormerintrodujola mano en el bolsillo derechodela chaqueta y extrajo lo

—¿Terecuerdaaalguien,guapa?

—Amí.Semeparece bastante.

—Erestú.

—Podría serlo,sí.

—Loeres.

—¿Yqué,sílo soy?

—

Puesqueirásalacárcel,ameno squeme devuelvasinmediatamenteloscuatro

LorenaClementsabriólaboca.

—¿Queyo...?

—Sí,tú.

—¡Nosabeloquedice!

Stevele mostró otro dibujo, en el que aparecía luciendo el precioso vestido de no

—¿Tienes un traje como éste,Lorena...?

—No.Parecidos,sí;pero como éste,no.

—¿Yuncuerpocomo éste...?

LaRubiaenrojacióalversedesnudaenunatercerahojadepapel,defrente,deper

—¿Cómoconsiguió...?—balbució.

—

ArthurEwingmedescribiócontododetalletucuerpo.Ycomoyotengobuenam

—¿Ycómo pudodescribireseArthurEwingmicuerpo...?

—Teacostasteanocheconél.

—¿Yo...?

—Sí.

—¡Ustedestáloco!

—Esinútilquesigasfingiendo,Lorena.

—¡Yonoestoyfingiendo!

—

Devuélvemeloscuatromildólaresylasjoyas,y me olvidaré deti,telo prometo.E

loquelerobaste.

—¡Yonolero Bénada!

—Lorena...

—¡No conozco al señor Ewing, selo juro! ¡Además, anoche no salí de casa!
¡Estuve viendo la televisión! Pasaban *Solo ante el peligro*, de Gary Cooper.

—

Los abes porque el señor Ewing la estaba viendo cuando tú llegaste a su casa.

—¿Cómo iba a ir yo a su casa, si no sé dónde vive?

¡Lerepito que no conozco a ningún

Arthur Ewing!

—

Y yo te repito que es inútil que sigas fingiendo, Lorena. Estás atrapada. O me devuelves

—¡Denúnciame, ande! ¡Ahí tiene el teléfono!

Steve Lormer no tomó la auricular.

No podía llamar a la policía.

A Arthur Ewing no le interesaba.

Tenía que recuperar el dinero y las joyas sin la intervención de la policía. Lorena

—No se atreve, ¿eh?

—No tengo prisas para denunciarte.

—¡Lo que no tienes son pruebas! ¡Ninguna!

—Tengo los dibujos.

—¡Nosir vendenada!

¡Puedes tratarse de otra chica que tenga un rostro y una figura muy parecidos!

—Estos rostros y tu cuerpo, Lorena, alias Samantha.

—¡Tendrás que demostrarlo!

—Y lo voy a hacer—aseguró Steve, sujetándola.

—¡Eh! ¿Qué se propone?—forcejeó la rubia, ningún resultado.

Steve se sentó en el sofá y tumbó a Lorena Clements sobre sus rodillas, boca a

—

¡Aunque me peguen o logren hacerme confesar un delito que no he cometido

—

gritó ella, agitando furiosamente.

—Tranquila, no voy a pegarte.

—¿Qué va a hacerme, entonces?

—

La chica que robó a Arthur Ewing tenía un precioso lunar en la nalga derecha, en f

—¡Yo no tengo ningún lunar!

—Enseguida lo voy a saber—

dijo Steve, levantándole la bata y descubriendo su precioso trasero, escasamen

La rubia pataleó rabiosamente.

—¡Si me deja con el culo al aire, lo mato!—chilló.

—Y apuedes desreligiendo el arma—

repuso el detective, y le bajó el pantalóncito hasta las rodillas.

—¡Ay!—

gritó Lorena, tensando sus hermosas nalgas, como muy avergonzada. Steve

—Notí en ningún lunar...—murmuró extrañado.

—¡Yate dije que no lo tenía, su cimiento!—

rugió la rubia. Steve le dio una palmada en

el desnudo trasero.

—Sin insultar, preciosa.

—¡Salvaje!

Steve le atizó otra palmada.

—¿Cómo has dicho...?

Lorena estuvo a punto de insultarle de nuevo, pero como sabía que si lo hacía

Steve le subió el pantaloncito y le bajó la bata.

—Ya puedes levantarte, muñeca.

Larubiabrincó de las rodillas del detective, pero, apenas estuvo erguida, se ar

—¡Quieta, fiera!—gritó Steve, agarrándole los brazos.

—¡Le voy a sacar los ojos!

—¡Quen has ido para tanto, mujer!

—¡Me ha dejado con el trasero desnudo! ¡Me ha golpeado!

—¡Tenía que buscarle llorar!

¡Encuanto al segundo, fueron dos palmaditas de nada!

Lorena intentó morderle.

Steve, para evitarlo, tumbó a Larubi sobre el sofá, boca arriba, y la mantuvo así,

quedando fuera del alcance de sus uñas y de sus dientes.

Elle se guió de batiéndose fieramente.

La bata se le había abierto mucho, y como no llevaba sujetador, sus hermosos

—Cálmate, preciosa, o acabarás enseñándome lo todo—

dijo Steve, porque la bata también se había abierto por abajo, a causa del pateo

Como Lorena no se calmó, Steve se inclinó repentinamente sobre ella y la besó

La cosa dio resultado y, poco a poco, la furia de Larubi fue remitiendo, hasta q

Steve, al ver que Lorena ya no se debatía, y que incluso devolvía los besos que él le

daba, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Elle lo tenía cerrado, pero lo sabría y le miró a su vez, con dulce expresión.

—Es usted un maestro besando, ¿no lo sabía?

—bueno, tanto como un maestro...

—¿Cómo se llama?

—¿No lo sabes?

—No.

—Me llamo Steve.

—Puedes soltarme, Steve.

—¿No me atacarás?

—Le doy mi palabra.

—¿Y ahora quieres vengarte?

—
Suéltameyveráloquequierohacer.Stevesearriesgóylesoltólosbrazos.
Ellaalzólasmanos,lecogiósuavementelacabezayleobligóabajarla,hastaque
Volvieronabesarse,claro.
ComolabatadeLorenaseguíaabierta,Stevenopudoresistirlatentacióndeella.
Algunosminutosdespués,ycuandoyalascariciasdeldetectivesehabíanextinguído,
—¿Hacemoselamor,Steve?

Lohicieron, claro.

Steve Lormernosuponegarse, después de haber besado largamente los jugos

Pero el detective privado hizo el amor con la rubia sin confiarse en ningún momento

Sin embargo, los temores de Steve Lormer resultaron infundados, pues ya llev

Steve se hallaba tumbado boca arriba, cubierto con lasábanas hasta la cintura. Junto a

él, tendida boca abajo, descansando sobre sus codos y exhibiendosufirme y red

—¿Te ha gustado, Steve?

—Mucho.

—Amí también.

—

Te hubieragustado más de haberme encontrado y o en mejores condiciones físic

—¿Por orden mía...?—exclamó la rubia.

—Sí.

—

¿Sigues pensando que soy la chica que se acostó anoche con ese Arthur Ewing, y l

—Sí.

—

¡Dijiste que ella tenía un lunar en forma de mariposa en la nalga derecha!

—El señor Ewingasegura que sí.

—¡Y no tengo ningún lunar, Steve!

El detective volvió a fijarse en el desnudo trasero de la rubia.

—No, no lo tienes.

—

¿Y no demuestras o que la ladrona y yo no somos la misma persona?

—No, porque el lunar puede que no fuera natural.

—¡Oh, Steve, Steve...!—

se cubrió Lorena el rostro con las manos, como si fuera a llorar.

—

Sitú no fueras la ladrona, hubieras llamado a la policía cuando me negué a aband

Larubiaretiróbruscamente las manos de su rostro y miró al detective privado, furiosa.

—¡No llamé porque me extrañó mucho tu actitud!

—Amí, encambio, no me extrañó en absoluto la tuya.

—¡Está bien, levántate de la cama y busca el dinero y las joyas!

¡Regístralotodode arriba abajo! ¡Verá cómo no encuentras nada!

¡Tampoco encontrarás ningún vestido como éste que aparece en el dibujo!

Steve Lormernose movió.

Lorena Clements casile tiró de la cama a empujones, mientras gritaba, como muy dolida:

—¡Vamos, no pierda tiempo!

¡Si tan seguro estás de que soy la ladrona, busca las pruebas que necesitas para darme Steve debajo de la cama, casí a la fuerza, y sepúso el slip. Empezó a registrar el armario.

Lorena, sentada en la cama a estilo moro, con todo al aire, miraba ceñuda al detective.

—¡Busca, desconfiado, busca!

¡Cuando te canse, y a me pedirás perdón por haber dudado de mí!

Steve no encontró el vestido, ni el dinero ni las joyas. Ni en el armario del dormitorio.

—¿Qué? ¿Te has convencido ya?— preguntó la rubia.

—

No, Lorena. Si gopensando que tú eres la ladrona, aunque por el momento no puedo probarlo.

—¡Ni por el momento ni nunca, porque no lo soy!

—

Si de verdad eres inocente, no tendrás inconveniente en venir conmigo.

—¿Ir contigo a dónde?

—A ver a Arthur Ewing.

—¡Ni hablar!

—Teme se encara contigo, ¿eh?

—¡Tee equivocas, no siento ningún temor!

—¿Por qué no quieres enfrentarte con él, entonces?

—

¡Porque querrá que le enseñe el trasero, para ver si tengo el maldito lunar, y no me da vergüenza.

¡Y a me humillaste tú bastante, Steve!

El detective le puso la mano sobre el muslo derecho y se lo acarició.

—No tendrás que mostrarle nada si no quieres, Lorena.

—¿Seguro?

—

Ted o y me palabre. Sólo quiero que te mire a los ojos, que oiga tu voz... Si no eres la ladrona.

—¿Sabes que me estás convenciendo, Steve?

—¿Vienes?

—

¿Qué pasarás si Arthur Ewing dice que tengo la voz de la ladrona y que me miro como una?

—Nada.

—¿No llamará a la policía?

—No puede hacerlo, sin pruebas.

—Sí, eso es verdad.

—¿Qué decides, Lorena?

—Iré contigo, Steve.

Hacía una media hora que Arthur Ewing había llegado a casa, cuando llamó a Arthur y le dijo que se trataba de Steve Lormer y corría a abrir. Efectivamente, era el detective privado contratado por él, que le estaba acompañando.

Lorena Clements.

Arthur Ewing dio un brinco al descubrir la rubia.

—¡La ladrona!—

exclamó, asombrado de que Steve Lormer la hubiese cazado tan pronto.

—Entra, Lorena—

indicó el detective, cogiendo del brazo a la muchacha, que vestía una blusa amarilla.

Penetraron en la casa, cuya puerta cerró el perplejo Arthur.

—¡Es usted genial, señor Lormer!—

exclamó, dándole una palmada en la espalda.

¿Cómo encontró tan pronto a esta zorra?...

—Mírela bien, señor Ewing.

—¡Ya lo estoy haciendo!

—¿Esladrona?

—¡Claro!

—¿Está seguro?

—¡Naturalmente!

Sumismo pelo, sumismo ojos, sumismo nariz, sumismo boca, sumismo cuerpo.

¿Cómo se llama, realmente?

—Lorena; Lorena Clements—informó el detective.

—

¿Recuperó usted las joyas de mi mujer y los cuatro mil dólares, señor Lormer?

—Todavía no.

—¿No...?—se desilusionó tanto Arthur.

—Lorena niega ser la ladrona, señor Ewing.

—¿Que lo niega...?

—Sí.

—¡Qué desfachatez!

—No tiene ella nada en la algarabía, señor Ewing.

—¡Le tendrá en la izquierda!

—Tampoco. Lorena no tiene ningún lunar.

—¡Esotendré que ver lo con mis propios ojos!

—¡Sujétale, Steve!—

gritó la rubia, al ver que el cuarentón intentaba levantarla de la falda para, según dice,

el detective lo impidió.

—Cálmese, señor Ewing.

—¡Quiero comprobar que no tiene ningún lunar!

—Ya lo comprobé yo.

—¿Ah, sí? ¿Le mostró ella...?

—Me lo mostró.

—¿Y por qué no quiere mostrármelo a mí?

—¡Porque no, tío calvo!—gritó Lorena.

—¡Pues anoche bien quemelo enseñaste todo, la gartona!—

replicóArthur.

—¡Yonoleenseñénada,caradesandía!;Seloenseñaríalaotra!
—¡Nohayotraquevalga!;Erastú,bribona!
—¡Yonomeacostaríaconustedniportodoelordelmundo!
—¡Lohicistepormuchomenos,sogata!
—¡Váyasealcuerno,gordinflón!
—¡Tevoja...!
—¡Tranquilícese,señorEwing!—
pidióSteve,sujetándoleconfuerza.
—¡Mehallamadogordinflón,yyosóloestoyllenito!
¡Yantesmellamótíocalvo!;Y

caradesandía!

—¡Ustedmellamóamízorra,lagartona,gataybribona!—
replicóLorena.
—¡Erestodoesoymás!
—¡Aldiabloconusted!
—¡Basta!—

gritóSteveLormer,contantaautoridad,queArthurEwingyLorena
Clementsennudecieronenelacto.

Eldetectivedejótranscurrircasiunminutoyluegopreguntó:

—¿TieneLorenalamismavozquelaladrona,señorEwing?

—¡Claroquetienesumismavoz!

Laúnicadiferenciaestribaenqueanochehablabadulcementeoyhoygritacomo

—¡Lavarduleraerásumujer!—

replicólarubia,enfureciéndoseenuevo.

SteveLormeribaapedir nuevamentesilencio,cuandosonóeltimbredelapuer

EranJackysusamigos.

Sí.

Allí estabandenuelostresmatones.

Heridosensuamorpropiorosufraçasodelmediodía.

Fracaso,sí,porqueSteveLormernohabíaingresadoenningúnhospital.Es

Leibanasacudirtantoytanduro,queeldetectiveprivadonosólotendríaqueingresar

enunhospital,sinoquealomejorsequedabaavivirenél,detanmalqueibaque

UnabuenamuestradelasintencionesquetraíanlosgorilasladioJack,eljefe

Menosmalqueeldetectivelaapartóconrapidez,porquesino,sequedasino

Alfallarelgolpe,elmatónsefuedetrásdesupuño,perdióelequilibrioycayó

LosotrosgorilasentraronenacciónalvercaeraJack.SteveLormerta

Teníamuchasganasyenotó.

Supuñodiestrorestallóenlamandíbuladeunodelosfulanos,contantapoten

Mientrastanto,SteveLormerhabíaesquivadohábilmenteelataquedelotro

Elcontraataquedeldetectivefuefulminante,terrible,demoledor.

Elgorilarecibiótresgolpesseguidosysederrumbó,cayendojustamentesobr

—¡Bill...!—

llamóJack,convozdetrueno,altiempoqueseincorporaba.Billeraeltipoq

Escupióelgeranioqueteníenlabocayrespondió:

—¡Voy,Jack!

Selevantóconrapidezyselanzóhacialacasacomountororabioso.Jackya

Ynoleibamuybienlacosa,no,porqueSteveLormer,despuésdeburlarlapod

PeroJacksólostuvounpardesegundosconlabocaabiertadeparenpar,porque

Steve selacerródeuntremendorodillazo.

Elmatónseirguióenelacto,lanzandounaullidoestremecedor,puessehabía

Steveleatizódosnuevospuñetazos,ambosenelrostro,yJackdionuevament

Elgorilaquemetieralacabezaenelparagüeroyasehabíapuestoenpie,per

conseguíasacare«melón»desuencierro,ysemovíaaciegas,sinpodervernada

—¡Quealguienmequiteesto...!—

rugió,colocándosedelantedelapuerta,justoenelmomentoenqueBillentraba

Billnopudofrenarseatiempousucabezachocóviolentamentecontraelparagüero,el

cualsehizoañicos.

Losdosmatonescayeronalsuelo,medioatontadosporel golpe.Cercadeel

SteveLormercerrólapuerta,paraqueningunodelosgorilas pudieraescap
porelmomentoparecíadominarelbravodetectiveprivado.

Jackbramó:

—¡Bill!¡Zack!¡Machacadaesebastar...!

Nopudopronunciarelinsultocompleto,porqueSteveleatizóunpunterazo

Billseirguió,conunchichónenlafrentetangrandecomounhuevodegallina,

MiróaSteveLormer.

Comoleviodable,preguntóconcaradeidiota:

—¿Cuáldelosdoseselverdadero,Zack...?

—¡Este!—respondióSteve,ylesoltóuntrallazoalmentón.

Elgorilagirósobresímismo,dandounavuelta completa,peronodoblólasrodil

Billquedóinmóvil,sinsentido.

Zack,eltipoquemetieralatestaenelparagüero,yaestabaenpie.Elnoveíalasco

ProcurófijarsuturbiamiradaenSteveLormer.

Leparecióqueeldetectiveseleacercabaaritmodesamba.Incluyocreyóverque

Depronto,la«maraca»derechaestallóensucaracomounagranada.

Zackcomprendióentoncesqueloqueeldetectivemovíanoeranunpardemara

Stevelegolpeóconelotroenelplexosolar.

Lacajatorácicadelmatónresonóalrecibirelterriblemazazo.Zackabriólaboca

Eldetectiveselacerródeunderechazoyletiróalsuelo.Zackquedótaninconscie

SteveevolvióhaciaJack.

Eljefedeltríodematones,envistadelpocoéxitoquehabíantenidosuscompañe

Noqueríarecibirmásgolpes.

Stevelecacheó,comprobandoquenollevabaarmas.

—Sitelevantasteharéescupirunpardedientesmás—advirtió.

—Meestarémuyquieto—prometióJack.

Steve cacheó a Billy a Zack. Tampoco ellos llevaban armas.

El detective se encará nuevamente con Jack.

—¿Dónde está mi revólver?

—Lo tiramos a un cubo de basura, poco después de quitártelo—
respondió el matón.

—¿Quién nos envió?

—Una mujer.

—¿No será aquella que hay allí?—

Steve señaló a Lorena Clements. Jack miró a la rubia.

—No lo sé, nos encargaron el «trabajo» por teléfono—explicó.

—¿No tiene un nombre a la mujer?

—No.

—¿Reconocería su voz, si la oyerá hablar de nuevo?

—Es posible.

—Díalo, Lorena—ordenó Steve.

—¿El qué?—musitó la rubia.

—Cualquier cosa, no importa. Pero procura hacerlo con naturalidad.

—

Bueno, pues diré que me llamo Lorena Clements, que tengo veintidós años, que

—mírolo significativamente a Arthur Ewing.

—Es suficiente—indicó Steve.

Lorena se calló y volvió a mirar a Jack, para ver lo que éste decía.

—¿Es su voz?—interrogó el detective.

—Separece bastante, sí. Pero no me atrevo a asegurarlo—

respondió el matón.

—

Muy bien. Ahora ponte en pie y reanima a tus compañeros. Quiero que los larguéis

Jack, extrañado de que el detective privado no les entregara a la policía a ena qu

Steve Lormer cerró la puerta y se oprimió las costillas, congestionado de dolor, la espalda.
Lorena Clements fue hacia él y le acarició las mejillas, faltas de color.

—¿Te sientes mal, Steve...?

—No es nada, se me pasará enseguida.

—Eles fuerzo de la peleá, sin duda.

—

Sí, todavía no me he recuperado de la paliza que me dieron los tipos de este medio día.

—Ello tardará en recuperarse más tiempo que tú—

sonrió larubia, y le dio un cálido beso en los labios.

—¡Cuidado, señor Lormer!—gritó Arthur Ewing—.

¡Está tratándote de engatusarte! ¡No se deje engañar!

¡Es una rubia muy peligrosa!

—¡Cállese usted, caradequeso!

—¡Gata, más que gata!

—¡Cómprase un desierto y bárralo!

—¡Allí debería vivir tú, serpiente!

Lorena sacó la lengua despectivamente, se lo volvió a decir y le dio otro beso al detective.
Arthur Ewing empezó a morderse los puños con rabia, mientras rezongaba:

—Maldita zorra...

Larubia separó sus dulces labios de los del detective y pidió:

—

Llévame a casa, Steve. El calor me pone enferma. Steve Lormer miró a Arthur Ewing.

—

No desespere, señor Ewing... Le prometí que recuperaría sus cuatro mil dólares.

—¡Empiezo a dudar!

—

Confíe en mí. Le verá mañana, señor Ewing. Vamos, Lorena. El detective y larubia.

Algunos minutos después, Steve Lormer detenía su «Dodge» frente al edificio de

—Hemos llegado, Lorena.

—¿No quiere subir, Steve?—sugirió ella.

—

No, estoy muy cansado. Voy a ir directamente a casa y me meteré en la cama enseguida.

—¿Por qué no te metes en la mía?—

sonrió larubia, haciéndole cosquillas en la oreja con un dedo sus preciosos dedos.

—Lorena, acabó de decirte que estoy muy cansado...

—

No haremos la amor ahora, sino mañana, cuando nos despertemos. Para entonces

tehabrásrecuperadodeltodo.

—

Seguramente,perodetodosmodosprefierodormirenmicamaysolo,porestan

—¿Noseráquenoteefiasdemí,Steve?

—Niunpelo.

ElbellorostrodeLorenaClementsseentristeció.

—

Nosabescómomeduelequesigasdudandodemí,Steve.QueArthurEwingpien

—¿Nolopensaríaestá,sítehallarasenmilugar?

—Antes,talvez;ahora,yano.

—¿Porqué?

—FuicontigoaencararmeconArthurEwing,¿no?

—Sí.

—

Laverdaderaladronanohubieraaccedido,porquenenoténíanaadaqueganarysím

Eldetectivepensóquelarubiateníarazóneneso,ynoreplicó.Lorenapregu

—¿Sabesporquéaccedíyo,Steve?

—No.

—

Creíqueasípodríademostrartemi inocencia,yeso,despuésdehaberhechoelar

—¿Porqué?

—

Megustas,Steve.Másqueningunodeloshombresqueheconocidohastaahora.

—

Sinoereslaladrona,notardarémuchoenconfiarenti,porquepiensodescubrim

—Ojaláseaasí,Steve—

deseóLorena,ylebesósuavementeenloslabios.

Después,descendiódelcocheysemetióeneledificio,sinvolverlacabezauna

RuthMaxwell,lasecretariadeArthurEwing,vivíaenunpequeñoapartamen

Ruth,comodecostumbre,sehabíaduchadoalregresardesutrabajoysehabíapuesto

unacortabatadebano.

Asídefresquitaydecómoda,empezóaprepararsucena.

Yacasilateníalista,cuandoeltimbredesuapartamentosedejóoír.

Ruthrespingó,puespensóquesetratabadeRonald,suexnovio,queveníaaha

Si,efectivamente,eraél,perderíalamentablementeeltiempo,porqueellanodeseaba

reanudarlasrelaciones.

Larupturahabíasidodefinitiva.

Dispuestaadecírseloasídeclaroasuexnovio,RuthMaxwellacudióaabrir

—¡Steve!...—

exclamó,respingandograciosamente.Eldetectiveprivadolesonrió.

—Hola,Ruth.

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Unpajarito medijo que estaba senbata, muy cortita, y no pude resistir la tentación.

—Si ha venido a verme las piernas, yase está largando.

Steve rió.

—Era una broma, no pongas esa cara de vinagre.

—¿Qué es lo que quiere, Steve?

—Que me invite a cenar.

—Menuda cara tiene usted.

—Decemento, tú mismo lo dijiste.

—¿Qué harás si le digo que no?

—Me iré a casa y me acostaré sin cenar. Estoy demasiado cansado para prepararme.

—¿Para qué están los restaurantes?

—No quiero ir a ninguno, con esta cara tan marcada. Todos me mirarían.

—Seguro.

—¿Qué me respondes, Ruth?

—¿Promete portarse bien?

—Siempre lo procuro.

—En el despacho me besó dos veces sin mi consentimiento.

—¿Y eso es portarse mal?

—Muymal.

—Bueno, si lo que quieres es que no te besen de nuevo, prometo no hacerlo.

—De acuerdo. Entre.

—Gracias.

—¡Oiga!, ¿qué le pasó en las manos?

—exclamó ella, cogiéndose las manos—. ¡Tienen los nudillos destrozados!

—Repartí algo así como una docena de puñetazos—explicó Steve.

—¿Volvió a tropezarse con los matones...?

—Sí.

—¿Y pudo con ellos...?

—¡Claro!

—Nos abe cuántome alegro.

Steve miró los apetecibles labios de la secretaria de Ewing.

—¿Por qué prometería y no...?

—se lamentó. Ruth le cogió del brazo y tiró de él.

—Vamos, deje de pensarse en eso—

dijo, conteniendo la respiración, y le llevó hacia la mesa del comedor.

Arthur Ewing paseaba por el salón de su casa como una fiera en jaula, rezonando—Perra...—

—masculló Arthur, mordiendo el cigarro que había encendido para verse

fumarleayudabaacalmarsusalteradosnervios.
Deprontosonóelteléfono.
Arthurseacercóaaéydescolgóelaauricular,pegándoseloaloído.
—¿Diga?—gruñó.

—Hola,señorEwing.

—Hola,zorra—

respondióArthur,reconociendolavozdelaladrona.Elladejóoír surisaatravés

—¿Estámuy enfadado conmigo,señorEwing?

—Tanto,quemegustaríaestrangularte.Laladronavolvióareír.

—Yotambiénestoy enfadada conusted,señorEwing.

—¿Ah,sí?

—Nodebiócontrataraningúndetectiveprivado.

—¿Cómoteenteraste?

—

Levigilabausted,señorEwing.Sabíaquenorecurriríaaustedalapolicía,porqu

—Yateestásocupando,lagarta—rezongóArthur.

—¿Quéhadicho?

—Nada.

—Bien,señorEwing.Lehellamadoporquequieroproponerlealgo.

—¿Elqué?

—

Supongoquetendráustedmuchointerésenrecuperarlasjoyasdesuesposa,
¿no?

—Claro.

—Selasvendo.

—¿Qué...?

—Queselasvendo,señorEwing.

—¿Cuántoquieresporellas?

—Cincuentamildólares.

ArthurEwingdiotalrespingo,quecasiselecaeelaauriculardelamano.

—¡Túestásloca!

—¿Porqué?

—¡Lasjoyasquetellevastevalensóloquincemildólares!

—¿Ycuántovalesufelicidad,señorEwing?

—¿Miqué?

—

SinorecuperalasjoyasdesuesposaantesdequeellaregresedeLowell,ynolasre

matrimoniose iría al traste, no lo dude. Arthur Ewing palideció.

Como no decían nada, la ladrona preguntó:—

¿Acepta mi proposición, señor Ewing?

—Tedaré veinticinco mil.

—No; quiero cincuenta mil.

—Es demasiado.

—

Piense en lo que supone para usted recuperar las joyas de su mujer, señor Ewing.

—Tedaré cuatro mil. Ni uno solo dólarmás.

—Tienen que ser cincuenta mil, señor Ewing. Ni uno dólarme menos.

—Perra...

—¿Decía, señor Ewing...?

—De acuerdo. Cincuenta mil.

—Magnífico. ¿Cuándo puede pasar a por ellos?

—Al mediodía. Los sacaré del Banco por la mañana.

—Perfecto. De una a una y media estarán en su casa.

—Con las joyas.

—¡Por supuesto!—rió la ladrona

—. Pero ojito con prepararme alguna jartera, ¿eh, señor Ewing?

Y no tengoun pelodetonta, y tomaré mis precauciones. Al menos sospechade

¡Ah!, y ella sabrá que usted y yo hicimos el amor, se lo prometo.

Arthur apretó las mandíbulas.

—Jugaré limpio, Lorena.

—¡Eh! ¿Por qué me llama Lorena?

—Porque ése es tu nombre.

—Yo me llamo Samantha. ¿Cómo puede haberlo olvidado tan pronto?

—Cínica.

—¿De dónde has sacado que me llamo Lorena?

—

Y no tienes sentido que sigas con el juego de citodela doble personalidad, Lorena Clements.

—¡Lorena Clements!...—repitió la ladrona, como muy sorprendida.

—

El truco de ella no es tan fácil de hacer, en forma de mariposa, no te sirvió de nada.

—¿Truco...?

—Sí, pero no lo tenías, y hoy no, es porque era artificial.

—¿Quién hadicho que hoy yo no lo tengo?

—Steve Lormer.

—¿Y cómo lo sabe él, si yo no le he mostrado mis algas?

—¿No...?

—¡Pues claro que no!

—Lormer asegúra que sí.

—Tendré que aclarar eso con él. Buenas noches, señor Ewing—
se despidió la ladrona, y cortó la comunicación.

- Lacenaestabadeliciosa,Ruth—
dijoSteveLormeraltérminodelamisma.
- Gracias—sonrióRuthMaxwell,poniéndoseenpie
- .Pasemosalliving.Tomaremosallíelcafé.
- Excelenteidea—aprobóeldetective,levantándosetambién.
Depronto,quedóencogidoysellevólasmanosalascostillas,conclarogesto.
- ¿Noseencuentrabien,Steve...?—lepreguntó,preocupada.
- Sí,tranquilízate—forzóunasonrisaeldetective
- .Essóloquecuandomemuevodeformauntantobrusca,sientounosagudospi-
- Deberíaestarenlacama.
- ¿Tienesalgunadesobra?
- No,sólolamía.
- ¿Esgrandeopequeña?
- ¡Pequeñísima!
- Pareceunacuna.Steveriólabromadelamuchacha.
- Eresunencantodechica,Ruth.
- Nopensabaasíestamañana
-
- Teequivocas,megustastedesdeelprimermomento,pesealomalquemetr
- Silodiceparaconquistarme,pierdeeltiempo.
- ¿Siguesenamoradadetuxnovio?
- No.
- ¿Estássegura?
- ¡Claroqueestoysegura!
- Mientrashablaban,habíancaminadolentamentehaciaelliving,yyaestab
- Siéntese,Steve—indicóRuth
- .Yháloconcuidado,novayaasentirnuevamentelosdolorosospinchazos.
- Eldetectivesesentóenelsofá,doblandolaspiernaspocoapocoyapretándose
- Yaestá.
- ¿Lehadolido?
- No.
- Mealegro.Voyporelcafé.
- SteveLormerposósumiradaenlaspreciosaspiernasdeRuthMaxwell,mient
- Unpardeminutosdespués,lajovensalíadeella,portandounabandeja,qued
- Ruthsesentójuntoaldetectiveysirvióelcafé.
- ¿Cuántosterrones?
- Mediadocena—
- respondióSteve,quelaobservabaconfijeza.Lamuchacharespingó.
- ¿Mediadocena...?
- Sí.

—¡Noselopodrátomar, detandulcequeestará!

—

Yonomereferíaaalosterronesdeazúcar,sinoalosbesosquemegaríadan

—¡Prometiódarmeninguno!—

recordóRuth,esforzándosepordisimularlohalagadaquesesentía.

—Ojalámehubieramordidolalenguaenesemomento.

—¿Tanarrepentidoestá?

—Muyarrepentido.

—Puesseaguanta,queunapromesaesalgomuyserio.

—Nolaromperé,notemas.Claroque,sitúmeliberarasdeella...

—Nopiensohacerlo.

—Quéduraeres.

—¿Unterrónodos?

—Uno.

Ruthechóelterróndeazúcarenlatazadeldetectiveyselaofreció,despuésde

—Gracias—sonrióSteve.

—Denada.

—Ruth...

—¿Qué?

—¿Deverdadnotienes máscamaquelatuya?

—Sí.

—Quélástima.

—

Nolosienta,puesaunquedispusieradeotracama,noledejaríapasarlanoocheen

—Estoy muy cansado, Ruth.

—Yadescansarácuandollegueasucasa.

—Nisiquieratengofuerzasparaconducirmicoche.

—Tomeuntaxi,pues.

—Notienes corazón.

—Loquenotengosongemasdehacerelamorconusted.

—¿Quétehacesuponerqueyo...?

—Vinoconesepropósito,noloniegue.

—¡Siestoyquenopuedotenermeenpie!

—Elamorsehaceacostado.

—¡Perorequiereesfuerzo,yyono...!

—Paraesosacaríafuerzasdeflaqueza,estoysegura—

sonriómaliciosamentelajoven.SteveLormersoltóungruñido,apurósuc

dadosuestadofísico.—¡Ay!—sequejó,abrazándoselascostillas.

—¿Porquésehalevantadoasí,pedazodetonto?—

exclamóRuth,irguiéndosetambién.

—¡Memarcho!

—¿Porqué tantaprisa?

—¡Cuantoantesmevaya,másprontotequedarástranquila!

—Yoestoy muytranquila.

—¡Noesverdad!

—

Vamos, cálmese. Irritarse no debe de ser bueno para sus pobres costillas.

—¡No consiento que te burles!

—¿Quiéanse burla?

—¡Adiós, Ruth! ¡Y gracias por la cenay por el café! —
barbotó el detective, y caminó hacia la puerta.

—¡Steve!

Lormernosedetuvo.

Ruth corrió tras él y lo agarró del brazo, cuando ya el detective se disponía a abr

—Steve...

—¿Qué?

—No quiero que te marches así, tan enfadado.

—Tú tienes la culpa.

—Losé, y te pido perdón.

—Perdonada. Buenas noches, Ruth.

—Espera.

—Yate he perdonado, ¿no? ¿Quémásquieres?

Ruth le puso las manos en los hombros, se empinó sobre las puntas de los pies y

Steve la miró, pero no pronunció palabra alguna. Ella, un tanto desilusiona

—No has devuelto mi beso, Steve.

—Si lo hubiera hecho, habría roto mi promesa.

—En este instante te libero de ella.

—Muchas gracias.

—¿Y a no deseas besarme, Steve?

—Sí, pero no lo voy a hacer.

—¿Por qué?

—Cuestión de orgullo.

—¿Quiénes el duro ahora?

—

Medolió lo que dijiste, Ruth. Vine porque sentí de pronto el deseo de verte, de con

—Yate pido perdón, ¿no?

—Sí, y yo te perdono.

—

Sólo de palabra, porque sigues enfadado. Y lo demuestras el hecho de que no quier

Steve la besó, aunque muy fugazmente.

—¿Satisfecha?

—¿Cómo voy a estarlo, si me has besado como si fueras tu hermana?

Steve la besó de nuevo, ahora largamente y con vehemencia, rodeándola al alm

—¿Mejor ahora?

—Sí, mucho mejor—le sonrió encantadoramente ella.

El detective también sonrió, demostrando que ya no estaba enfadado.

—Hasta mañana, Ruth.

—¿Quieres dormir en el sofá, Steve?

—Telo agradezco, pero yo prefiero una cama.

—Tecedo la mía. Yo dormiré en el sofá.

Steve le cogió la barbilla y besó sus labios con suavidad.

—Eres maravillosa, Ruth.

—¿Te quedas?

—No, me voy a ir a casa.

—No me importa dormir en el sofá, te lo aseguro.

—

Y así fue, pero no pudo permitirlo. Tú dormirás en tu cama y yo en la mía. Por

—¿Qué?

—Habla de ello en su momento—

sonrió el detective, y la volvió a besar con pasión.

Ruth también puso todos sus labios en el beso.

Y en el brazo.

A Steve le dolieron un poco las costillas, pero no se quejó.

Era muy agradable sentirse aplastado contra ella, los dos se sentían muy a gusto.

Tras un largo y apretado beso, Steve se despidió de Ruth y abandonó el apartamento.

Minutos después, se dirigió a su coche al apartamento de él, sin sospechar que

Yes peligroso tener el pelo rubio...

Al introducir la llave en la cerradura, Steve Lormer descubrió que la puerta no estaba
Sepuso en guardia.

Suavemente empujó la puerta y penetró en su apartamento.

La luz del dormitorio, cuya puerta permanecía entornada, estaba encendida. Steve

Silencioso como una sombra.

En el suelo, tirados, encontró unos zapatos de mujer. Un poco más allá, un vestido

Steve se agachó y lo recogió, para observarlo mejor.

Era idéntico al que, según Arthur Ewing, llevaba la ladrona.

Con el precioso vestido de noche en las manos, el detective siguió avanzando sigi-

Cerca de la entornada puerta, igualmente tirado en el suelo, yacía un breve y deli-

Steve lo recogió también.

Con el vestido en una mano y las frívolas braguitas en la otra, empujó suavemente

Viola frondosa cabeller rubia... Las uñas espaldas...

El prieto y el bulto trasero...

En la alga derecha, un precioso lunar en forma de mariposa. Y parecían tu-

Steve dio un paso y penetró en el dormitorio.

La ladrona movió su rubia cabeza y mostró su rostro. No habló.

Se limitó a mirar al detective, con una extraña sonrisa en sus labios.

Steve se acercó a la cama, endonde permanecía tumbada sin ningun ropalal-

El detective privado fijó toda su atención en el hermoso lunar, que así, vistode-

—Es auténtico—aseguró la ladrona.

—No, no puedes verlo, Lorena.

—Mellamo Samantha.

—Eres Lorena; Lorena Clements.

—

¿Tanto me parezco a esa Lorena Clements, que todo el mundo me confunde con ella?

Steve se sentó en la cama.

—No entiendes tu juego, Lorena.

—Samantha.

—

Primerotees fuerzas por hacerme creer que no eres la ladrona, y ahora te en-

enmiapartamentoconelvestidodelaladrona,consuszapatos,consusbraguita
¿Quéesloquepretendes?

—Terepitoqueellunaresauténtico.

—Noloteníasestatarde.

—¡Claroquelotenía!

Laquenolotenía,porquelohatenidonunca,esesaLorena
Clements.Túvistesusnalgas,Steve,nolasmías.

Eldetectivedejóelvestidofemeninoylasexiguasbraguitasnegrassobrelaca

—¿Quévasahacer,pícaro?—preguntóella,conunarisita.

—Dejartesinlunar.

—Comonomearranqueslapiel...

—Noseránecesario.

—¿Quieresapostaralgo?Stevenorespondióestavez.

Yaestabarascandoellunarconlauñadesuíndicediestro.

—¿Vescomonosalta?—

riólaladrona.Eldetectiverascóconmásfuerza.

Larubiasaquejó.

—Mehacesdaño,Steve...

Eldetectiveseinclinóyhumedecióellunarconlalengua,paraaversiasí...La

—Esesistemamegustamás.Sigue,Steve,sigue...

Eldetectivelevantólacabezayvolvióatrabajarconlauña,peroelhorahum

—Esinútil,Steve—dijolaladrona

—Loúnicoqueconseguirás,sinodejasderascarconlauña,eshacermesangre.

SteveLormernotuvomásremedioquedesistir.Larubialesonrió.

—¿Tehasconvencidoya,Steve?

—Sí;ellunaresauténtico.

—Entonces,nosoyLorenaClements...

—
No,nopuedesserlo.Ellanotieneneningúnlunarenlanalgaderecha.Nienlaizquie

—Mealegrodequeporfinhayascaídodelburro—

dijolaladrona,ysecubrióeltraseroconlasábana.

Entoncessepusobocaarriba,mostrandosusmaravillosossenos.

—
¿SóloenesonisdiferenciamosesaLorenaClementsyyo,enqueyotengounluna

Eldetective,despuésdecontemplarlargamentelospechosdelarubia,resp

—Sí,sóloeneso.Todolodemáslotenísigual.Exactamenteigual.

—Bueno,yonoteloheostradotodo...—

repusomaliciosamentelaladrona,bajandolasábanaunoscentímetros,conde

Stevepusosumanosobreelvientrefemenino,todavía Cubiertoporlasábana,

—Yamehasmostradosuficiente,Samantha.

—¿Noquieresquehagamoselamor,Steve...?

—

No,loquequieroesquedevuelvaseldineroylasjoyasquerobasteanochea.
Ewing.

—

Oh,notepreocupesyaporeso,Steve.Elproblemaestásolucionado.El detective

—¿Solucionado...?

—

Sí,habléconelseñorEwingantesdeveniratuapartamento,yllegamosaunacuerpo

—¿Quéclasedeacuerdo?

—Voyavenderlelasjoyasquelerobé.

—¿Vendérselas...?

—Sí.

—¿Porcuánto?

—Cincuentadelosgrandes.

—¡Cincuentamildólares...!

—Sí.

—¿Yélaceptó...?

—¡Claro!Lasjoyasvalenmuchomenos,perosufelicidad,muchomás.

—Entiendo.

Laladronaalzólosbrazosycercóelcuello del detective,alquetratódeatraerhacia

—Bésame,Steve.

—No.

—Nopuedocreerquenodeseeshacerelamorconmigo.

—Aunque lodeseara,nopodría.

—¿Porqué?

—

¿Olvidasquelosmatonesquecontratastememolieronapata dasestemediodía

—Molidoytodo,estanochelesdisteunasoberanapalizaalostres.

—Poresoestoytancansado.

—Yollevarelainiciativa,notepreocupes.

—Gracias,peromegustallevarlaamí.

—Machista.

—Vísteteylárgate,Samantha.Tengosueño yquierodormir.

Larubiairguióeltorsoybesóexpertamenteloslabios del detective.Steveintentó

Susmanos,instintivamente,buscaronlossenosfemeninosylosapretaronconsu

Laladrona,sindespegarsubocadeladel detective,leempujósuavementehastael

Conmuchahabilidad,empezóaquitarlelaropa.

Pocodespués,SteveLormerestabatandesnudocomolarubia,siseexceptuabael

Hicieronelamor.

Laparteactivacorrespondíaalaladrona.Yellaparecíañcantada.
Steveladejabahacer,incapazderechazaruncuerpodemujertanhermosoye
Cuandotodoacabó,larubiacontinuósobreeldetective,besándoleyacariciá
SteveLormernotardóendormirse.
Alverleconlosojoscerrados,laladronalemoviósuavementelacabezayle
—Steve...
Eldetectivenorespondió.
Larubialevolvióallamar,obteniendoelmismoresultado.
—Tehasquedadocomountronco...—
murmuró,sonriendoextrañamente.Seretiróysebajódelacama,arrodi
Conlacaraprácticamentepegadaaella,alargóelbrazoytomólaqueña
metálicaquepermanecíaocultabajolacama,juntoalapared.
Laladronaabriólacajita.
Conteníaunaagujahipodérmica,acopladayaaunajeringuillacasirepletad
Larubiatomólajeringaysesubiónuevamentealacama.
Acercólaagujaalbrazoderechodeldetective,parainyectarlelasustancialet
SteveLormernodespertaríaJamásdeaqueprofundosueño.Lamuertelell
Noseenteraría dequeabandonaba el mundodelosvivos...

LafinaagujahipodérmicapinchóelbrazodeSteveLormer.

Fuetodoloqueconsiguiólahermosaladrona,pincharlevementelacarnedel

Deunasonorabofetada,propinadaconsumanoizquierda,Stevetiródelacar

Alchocarcontraelsuelo,laladronasedioundurogolpeenlacabezayperdióe

SteveLormertomólajeringa,quehabíaquedadosobrelacama,yobservólab

—Debuenatehaslibrado,Steve...—

sedijoasímismo,adivinandoquesetratabadeunvenenomortal.

Dejólajeringuillasobrelamesilladenocheysaltódelacama.Sevistió,sind

Estaempezóarecobrarsecuandoyaeldetectiveseestabapasandolosbotone

—Bastardo...—

masculló,altiempoqueerguíasudesnudotorso,sumanoderechasobrelaenroj

—

¿Mellamasbastardoporquetediunabofetada,oporquenomedejéenvene

—

sonrióSteve.

—Noesdehombrespegaraunamujer.

—Túnoeresunamujer,eresunavíhora.Queríasasesinarme.

—Todavíañoheperdidolaesperanza.

—

Notehagasilusiones,notedarélaoportunidaddeintentarlodenuevo.

—¿Vasaentregarmealapolicía?

—Naturalmente.

—AlseñorEwingnoleconviene.

—

Novoyadenunciarteporloquehicisteanoche,sinoporloquehashechoahora.F

—Steve señaló lajeringa.

—

Simeentregasalapolicía,ArthurEwingnorecuperarálasjoyasdesumujer

—Lasrecuperaréyo.Estamismanoche.

—Sicreesquevoyadecirtedóndeestán,estásmuyequivocado.

—Melodirás,Samantha.

—¿Piensas torturarme?—sonrió burlonamente la rubia.

—Sies necesario...

—De acuerdo, hazlo. Verá cómo nos sirven de nada.

—Ponte en pie.

Laladrona obedeció.

—Echatesobrelacama.

—¿Boca arriba o boca abajo?—

preguntó la rubia, que parecía tomarse la cosa a

broma.

—Bocaabajo.

—¿Vasaaplicarmecigarrillosencendidosenlasnalgas?

—Esposible.

—¡Huy, qué miedo!...—

exclamó Samantha, riendo, y se echó sobre la cama.

Steve se sentó sobre el traserode la ladrona, le sujetó los brazos a la espalda, con

Larubiaseagitó, aterrada.

—¿Qué vas a hacer?

—Inyectarte el veneno.

—¡No!—chilló Samantha.

—¿Dónde tienes las joyas y el dinero?—

interrogó Steve, decidido. La ladrona no respondió.

Steve le clavó la aguja en el brazo.

Samantha aulló, más que de dolor, de pánico.

—¡No, Steve, te lo diré...!

—Habla—

apremió el detective, sin sacar la aguja del brazo de la mujer, la yema del pulgar sobre

Nopensabahacerlo, claro.

Sólo se trataba de aterrorizar a la muchacha para hacerla «cantar». Y «cantar»

—¡Las joyas y el dinero están en mi apartamento!—confesó.

—¿Dónde vives?

—¡Tú ya los sabes, Steve!

—¿Que yo los sé...?

—¡Soy Lorena! ¡Lorena Clements!

Steve Lormer se le notó de perplejidad al oír aquello.

—¿Lorena Clements...?—repitió quedamente.

—¡Sí!

—Lorena, no tenías que llorar...

—

¡Sí que lo tenía, Steve, sólo que disimulaba con un esmalte especial de color

¡Pero son los descubristes cuando me bajaste el pantaloncito!

—Qué astuta...

—¡Sácame la aguja, Steve! ¡Te lo suplico!

—

Todavía no me has dicho dónde están las joyas y el dinero, Lorena. Yo registré mi

—¡El armario de mi dormitorio tiene un doble fondo!

¡Allí ocultas las joyas, el dinero, el vestido de noche, las braguitas negras y los zapatos

¡Pero son los encontraste en la nada!

—Un chico muy listo, sí, señor—

sonrió el detective, y extrañamente la aguja del brazo de la rubia.

Lorena Clements se le notó de suspiro de alivio.

Steve Lormer se bajó de la cama, con la jeringa en las manos.

—Levántate y vístete, Lorena—ordenó.

Larubiase incorporó lentamente y se puso el pantaloncito negro y el vestido

—Vamos—indicó Steve.

—¿Y mis zapatos...?

—Dondetúlosdejaste,tirados.Salieron delahabitación.

Lorenafuehaciadondeyacíansuszapatos.Depronto,corrióhaciaelsofá.

Allí,debajodeunodelosalmohadones,habíadejadosupistola,porsinopodía.

Setratadeunrevólverdelcalibre38,consilenciador.Lorenalogróempu

Disparósobreeldetective.

Steve sedejócaer alsuelo,altiempoquelanzabalajeringa contra elcuerpode.

LabaladisparadaporLorenapasósilbandoporencimadelacabezadeldetective.

Unafraccióndesegundodespués,laagujahipodérmicaseclavabaenelvient

Elagudopinchazo,muydoloroso,hizoqueLorenaClementssellevaralamar

Lasustanciavenenosapenetróenelvientrefemenino.

Lorena,aldarsecuentadeloquehabíahecho,sellenódeterror.

—¡Steve!...—

chilló,soltandolapistolaydejándosecaerderodilla,pálida,temblorosa,desen

Eldetectivesepusoenpiedeunsaltoy corrióhaciaella.Leextrajolaagujade

Peroyaeratarde.

Lajeringaestabacisivacía,lamayorpartedelasustancialetalseencontraba

Yyaestabahaciendoeffecto...

Lorenaseagarródesesperadamentealcuellodeldetective.

—¡Noquieromorir,Steve...!

—Losiento,Lorena.Túmedisparastey...

—¡Nosteestoyculpando,teestoypidiendoqueemesalves!

—Nopuedohacernada,ytúlosabes.

Sí,LorenaClementssabíaqueSteveLormernopodíahacernadaporella.N

Elvenenoyahabíainvadidotodosuorganismo.Noexistíasalvaciónposib

Semoría...

LamiradadeLorenasetomóturbiaysusbrazos,faltosdefuerzas,comoelrest

—Steve...—gimió,débilmente.

Lormerlasostuvo,impidiendoque sedesplomara.

Ellavolvióamusitarsunombre,cerrólosojosyperdiólanocióndelarealidad.

Escasossegundosdespués,LorenaClements fallecíaenlosbrazosdeSteve

hombrealqueellahabíaqueridomatar.

ArthurEwingestabaapuntodeirseadormir,cuandooyósonareltimbre.Acua

—SeñorLormer...

Eldetectiveprivadoentróenlacasa,conunpequeñopaqueteenlasmanos,el

—Abralo,señorEwing.

Arthurloabrió,nerviosamente.

—¡Lasjoyasdemimujeryloscuatromildólares!...—

exclamó,sinpoderlocrear.Stevesonrió.

—Leprometíquelosrecuperaría,¿no?

—¿Cómo...?

Stevelelocontótodo.

—AsíqueLorenaClementshamuerto...—musitóArthur.

—

Sí,señorEwing.Perosumuertenoleafectaráaustedenningúnsentido.Yaheha

—Siemprestaréendeudaconusted,señorLormer—

dijoArthur,visiblementeemocionado.

—Sólohastaquelpasela factura—

repusoSteve,sonriendo,ysemarchó.

EPILOGO

Elviernesdeesamismasemana,porlatarde,SteveLormerfuealafábricadem
Casualmente,sorprendióaRuthMaxwellhaciendolomismoquelaprimerav
Comoenestaocasiónlamuchachatambiénlucíaunagraciosafaldacorta,elc

Stevelargóunsignificativosilbidoypiropeó:

—Siguesteniendolaspiernasmásbonitasquehevistojamás.

Ruthrespingósobrelasillayperdiólacarpeta,queseestrellócontraelsuelo

—¡Steve!—exclamó,radiantedealegría.

—Notebajesdelasilla,yorecogerélacarpeta—

sonrióeldetective,acercándose.Lajovenobedeció.

Steve se agachó y tomó la carpeta, pero lo hizo mirando hacia arriba, el muy zo
—Te estás dando una buena ración de vista, ¿eh?—
adivino ella, sin enfadarse.

—¿Por qué crees que me ofrecí para recoger la carpeta del suelo?—
repuso él, irguiéndose.

—Siguesteniendolacaratan duracomohacedosdías.

—¿Continuas gustarte?

—¿El qué?

—Mícala.

—¿Dijeyoquenome gustara?

—Sí.

—Bueno, pues lo retiro.

—Acabas de ganarte un beso—

dijo Steve, abrazándola y bajándola de la silla. Se besaron con ganas.

Después, y todavía en los brazos del detective, Ruth preguntó:

—¿Cómo van tus costillas?

—Yacasinomeduelen.

—Me alegro.

—¿Está el señor Ewing?

—Sí.

—He venido a cobrarle mis honorarios.

—Y así es que lo has resuelto tu problema.

—Sí.

—Eres muy eficiente.

—En todos los sentidos, y eso que me demostraste lo muy pronto.

—¿Cuándo?

—Esta noche, si quieres.

—Quiero—

respondió induciendo a Ruth. Steve se volvió a besarla y preguntó:

—¿Tefaltamuchoparaterminar,Ruth?

—No,yacacieslahora.

—Magnífico.Encuantolecobreal señorEwing,nosvamos.

—Estarélistacuandosalgas.

StevelediounapalmadaeneltraseroyentróeneldespatchodeArthurEwing.

—¡SeñorLormer!—

exclamóeldueñodelafábrica,poniéndoseerápidamenteenpie.

—¿Quétal,señorEwing?

—Muycontentodevolverleaver.

—¿Apesardequevengoacobrar...?—bromeóeldetective.

—

Estoydeseandopagarlecomosemerece.Steveextrajolafacturayselatendió.

—Estoesloquetienequepagarme,señorEwing.Arthurmirálafactura.

—¿Sóloquinientosdólares—?

—¿Leparecepoco?

—¡Poquísimos!

—Lapróximavezquemecontrateusted,lecostrarémás,nosepreocupe.

—¡Diosquieraquenotengacontratarledenueno,señorLormer!

Rieronlosdosalegremente.

Luego,ArthurEwingabrióelcajónsuperiordesumesayextrajouncheque,relle

—Estoesloqueustedsemerececobrarporsutrabajo,señorLormer.

—¡Cincomildólares!—exclamóSteve,Respingando.

—

Yaúnmeparecepoco,teniendoencuentaqueyohabíaaccedidoacomprarlelas

—Noséquédecir,señorEwing...

Arthurpalmeólaanchaespaldadeldetectiveprivado.

—

NotienequedecirmedecirnadaseñorLormer.Sóloguardarseelchequeyconsi

—Yaleconsiderounamigo,señorEwing...

¿Querráustednuestropadrino?

—¿Padrinodequé?—parpadeóArthur.

—Deboda.naturalmente.

—¿Quiénescasa...?

—Ruthyyo.

—Ruthyusted...!

—Sidentrodemuy poco.

—¡Quecalladoselotenía,lamuybribona!

—Bueno,esqueRuthtodavíaanolosabe...—

carraspeóSteve.Arthurabriólaboca.

—¿QueRuthnolosabe...?

—No,selovoyaproponerestanoche.

—¿Ycómo sabequeaceptará...?

Conozcobienalasmujeres,señorEwing,yséqueRuthestálocapormí.Ycomoel

Buenastardes, señorEwing—sedespidióSteve,ysaliódel despacho.

Ruthyaleesperaba.

Secogierondelacinturaysemarcharon.Aquélla fueunanochemaravillos

Trassuprimeraunióníntima,StevelepidióaRuthquesecasaraconélyellaac

Después,yparacelebrarlo,hicieronotravezelamor.Ynofuelaúltima.

Comoaldetectiveyanoledolíanlascostillas...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**